

TUCAN  8+

Esas cosas que no se ven a simple vista

MARGARITA GARCÍA GALLARDO



edebé



**Esas cosas que no
se ven a simple vista**

Margarita García Gallardo

Esas cosas que no se ven a simple vista

Ilustraciones: Stefanie Pfeil



edebé

© Margarita García Gallardo, 2013

© Ed. Cast.: edebé, 2013
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Editora de literatura infantil: Elena Valencia
Diseño gráfico de las cubiertas: César Farrés
© *Ilustraciones:* Stefanie Pfeil

1.^a edición, marzo 2013

ISBN 978-84-683-0864-7
Depósito Legal: B. 880-2013
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Cristina, mi princesa
con gafas.*

Índice

1. Una noticia recorre el Reino 9
2. La princesa Odolfa todavía no se ha enterado de que necesita gafas ... 17
3. Las famosas gafas son rojas 27
4. Un moscardón 37
5. Un moscardón muy pesado 47
6. ¿Son mágicas estas gafas? 61
7. Esas cosas que no se ven a simple vista..... 71
8. El secreto de la tatarabuela Leolfa .. 83
9. El mapa de un tesoro 97
10. ¿Quién está robando en las cocinas? 107
11. Dos investigadores muy osados . 117

12. Las lechugas no crecen en los
árboles 129
13. L de... 139
14. Colorín, colorete, con estas gafas
veo de rechupete 151

1

Una noticia recorre el Reino

Las primeras en enterarse de la noticia habían sido un par de lagartijas del castillo. Con sus extravagantes sombreros de paja y sus vestidos de seda, estampados en flores azul y carmesí, caminaban ligeritas mientras no dejaban de hablar entre ellas. Venían de visitar a una prima lejana que, daba la casualidad, vivía en la Almena Norte.

—No me han gustado nada nada las pastas que nos ha puesto Marichu con el té —comentaba una de ellas.



—¿Y te has fijado en lo viejo que estaba el mantel? —continuó criticando la otra.

—Pues anda que las tazas... ¡Estaban todas desportilladas!

De este modo, tan enfrascadas iban en su conversación que, cuando se quisieron dar cuenta, ya se habían equivocado de camino. Así, en vez de coger la calle que las llevaba hasta la grieta número 7 de la Fachada Sur (o sea, a su casa), se desviaron por la ruta que atravesaba otras estancias del castillo. Fue, justo en el momento en que pasaban por el Salón Real, cuando oyeron hablar a la reina.

—Querido —estaba diciendo Su Majestad, con una voz solemne—, el oculista ha dicho que la princesa Odolfa necesita gafas.

Las dos lagartijas, al escuchar aquellas



palabras, abrieron mucho los ojos y se taparon la boca con sus pequeñas manitas. ¡Vaya noticia!, ¡era un notición! ¡Una primicia en sus manos! Y, como ya se sabe que estos reptiles son los más cotillas de entre todos los animales, echaron a correr y bajaron hasta las cocinas del castillo. En ese lugar, detrás del armario de los frutos secos, vivía una familia de ratones. Inmediatamente, las dos lagartijas llamaron a la puerta de su casa.

—¡No es posible! —dijo el ratón padre, frunciendo el hocico—. Lo habréis entendido mal.

—De eso nada —exclamó una de las lagartijas con la voz tan afilada como una aguja—. Lo oímos perfectamente.

—Pero, a ver, ¿qué fue lo que la reina dijo?



—Pues dijo —y la otra lagartija imitó la voz solemne de la reina—: «Querido, el oculista ha dicho que la princesa Odolfa necesita gafas».

—¡Gafas!, ¡eso es imposible! —saltó la ratona madre—. ¿Dónde se ha visto que una princesa lleve gafas?

Todos se quedaron en silencio, mirándose unos a otros. En ninguno de los cuentos que ellos recordaban salían princesas con gafas. Blancanieves no llevaba gafas. La Cenicienta no llevaba gafas. La Bella Durmiente no llevaba gafas. En ninguno de los reinos vecinos había princesas con gafas. En ninguna de las revistas del corazón salían princesas con gafas.

¡No podía ser! ¡La princesa Odolfa no podía llevar gafas!

—Bueno —dijo el más pequeño de los



ratoncitos hijos—, Harry Potter y Manolito Gafotas las llevan.

—Sí, pero esos son chicos —le interrumpió su hermana—. Además, no son príncipes ni princesas.

—«*No son príncipes ni princesas...*» —imitó el ratoncito a su hermana—. ¡Eres una *maripili!*

—¡Y tú, un bruto! —replicó muy enfadada la ratoncita.

—¡Pues tú, una *carapapilla!*

En este punto, la ratona madre les hizo callar y los mandó castigados cada uno a su habitación. Sus hijos se pasaban el día peleándose y eso la entristecía mucho.

—Ya no sé qué hacer —comentó muy disgustada la ratona madre—, se pasan el día entero así.

—Pues una amiga, que tenía el mismo



problema con sus hijos, les dio a beber durante una semana aceite de hígado de bacalao, y fue mano de santo —recomendó una de las lagartijas.

—Lo probaremos, a ver qué tal, aunque no estoy yo muy convencida de que dé resultado...

De este modo tan lamentable, terminó la reunión de vecinos. La familia de ratones se metió en su casa, y las lagartijas continuaron su camino. Pero, en vez de irse a casa, decidieron pasarse antes por el supermercado para hacer la compra de la semana.

Sin embargo, la noticia de que la princesa Odolfa necesitaba gafas no se quedó entre los gruesos muros del castillo. Viajó como la pólvora por todo el Reino. Eso es lo que suele pasar en los sitios pequeños,



que es imposible mantener un secreto. De una manera u otra, todo se acaba sabiendo.

Así, dio la casualidad de que, nada más irse las lagartijas del domicilio de los ratones, se presentó el topo que les traía la leche cada mañana. El padre ratón no pudo morderse la lengua, y le contó al lechero, eso sí, con mucho misterio, lo de las gafas de la princesa. Cuando el topo salió de la ratonera, estaba deseando encontrarse con alguien para poder darle la noticia. Quiso de nuevo el azar que se cruzase con un jilguero, el cual trabajaba en el Servicio de Correos y con el que guardaba una buena amistad. Pidiéndole que no se lo contara a nadie, ya que era un gran secreto, el topo le reveló la novedad. Y, a partir de aquí, la velocidad



de propagación del rumor se multiplicó por tres.

El jilguero se lo dijo a su jefe, el señor Milano, que era amigo de un gallo muy charlatán, que vivía en una granja al otro lado del río. Por supuesto, el gallo no tardó ni cinco minutos en contárselo a la vaca frisona que rumiaba en el establo. La vaca se lo dijo al caballo; el caballo se lo contó al cerdo; el cerdo se lo explicó al conejo; el conejo se lo gritó al loro; el loro se lo repitió al granjero y el granjero, contento de ser el primero en enterarse de la noticia, se lo comunicó a sus vecinos.

Todo el mundo lo sabía. Bueno, no todo el mundo. Justamente, la princesa Odolfa todavía no se había enterado.